

**Antonio Gramsci:
aproximaciones y
(re)lecturas desde
América Latina**

Antonio Gramsci: aproximaciones y (re)lecturas desde América Latina

Hernán Ouviaña
(coordinador)

Agustín Artese · Diego Bentivegna · Dario Clemente · Daniela Lauría
Francisco L'Huillier · Massimo Modonesi · Daniela Mussi · Lucio Oliver
Hernán Ouviaña · Laura Palma · Javier A. Rodríguez · Giovanni Semeraro
Mabel Thwaites Rey · Josefina Torres

MUCHOSMUNDOS
ediciones 


quimantú

Ouviña, Hernán

Antonio Gramsci: aproximaciones y (re)lecturas desde América Latina / Hernán Ouviña -
1^{ra} ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Muchos Mundos Ediciones / Santiago de Chile:
Quimantu, 2023.

360 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-82866-0-0

1. Marxismo. 2. América Latina. 3. Ciencia Política. I. Título.
CDD 320.5322098

Ilustración de tapa · PILI EMITXIN

Ilustración de contratapa · IGNACIO ANDRÉS PARDO

MUCHOS MUNDOS EDICIONES

instagram · @muchosmundos_ediciones | FB · Muchos Mundos

email · muchosmundos.ediciones@gmail.com

web · muchosmundosediciones.wordpress.com

EDITORIAL QUIMANTÚ

instagram · @editorialquimantu | FB · Quimantú

email · editorial@quimantu.cl

web · quimantu.cl



Copyleft



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso compartido o Creative Commons.
Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (títulos de la obra, autores, editorial y año)



No comercial: se permite la utilización de ésta obra con fines no comerciales.

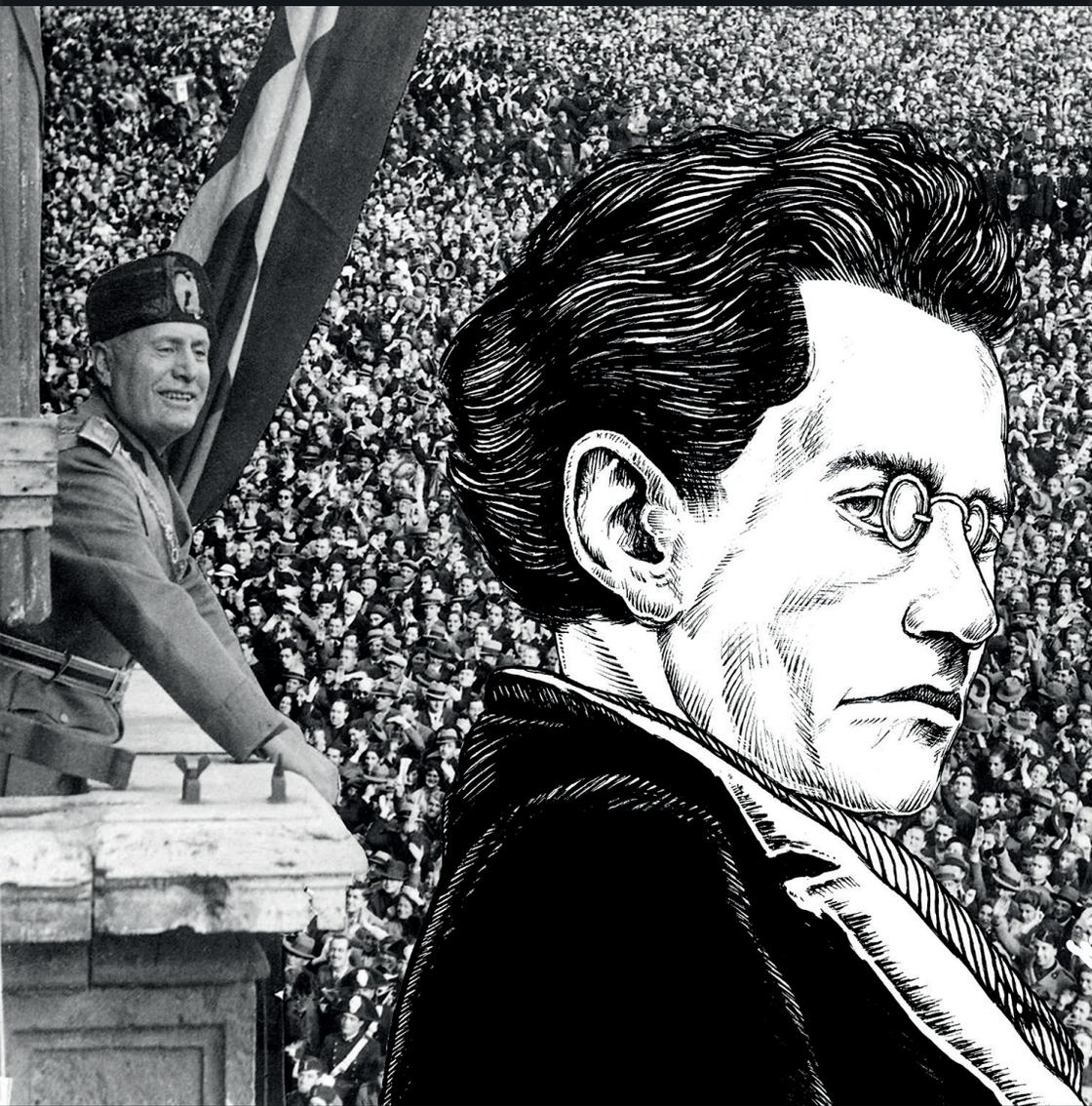


Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o total de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que éstas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	9
Gramsci y el “bienio rojo”: consejos de fábrica, política prefigurativa y cultura proletaria en tiempos del optimismo de la voluntad <i>Hernán Oviña</i>	17
Entre el revisionismo, el colaboracionismo y la revolución: tensiones, conflictos y confrontaciones de la Segunda Internacional a la Internacional Comunista <i>Javier A. Rodríguez</i>	57
Gramsci y el fascismo <i>Dario Clemente</i>	75
Estrategia revolucionaria y traducción del marxismo en el Gramsci dirigente político (1921-1926) <i>Hernán Oviña</i>	103
Filosofía popular, sentido común y hegemonía en Gramsci <i>Laura Palma y Lucio Oliver</i>	137
El principio educativo de Gramsci en la creación de una nueva civilización <i>Giovanni Semeraro</i>	159
Maquiavelo, Marx y la ciencia (de la) política. Apuntes en torno a la hegemonía y el poder como relación de fuerzas <i>Francisco L’Huillier y Hernán Oviña</i>	177

Gramsci, el Estado “integral” y las bases materiales del consenso <i>Mabel Thwaites Rey</i>	209
Autonomía y sujeto político en el pensamiento carcelario de Antonio Gramsci <i>Massimo Modonesi</i>	235
Una aproximación a los conceptos de «crisis» y «revolución pasiva» en los <i>Cuadernos de la cárcel</i> <i>Agustín Artese</i>	259
Estar al margen: hacia una historia integral de los grupos subalternos. Contribuciones metodológicas del Q 25 <i>Josefina Torres</i>	289
La cuestión literaria en Gramsci: viejas y “nuevas” interpretaciones <i>Daniela Mussi</i>	315
La reflexión sobre el lenguaje en Gramsci <i>Diego Bentivegna y Daniela Lauría</i>	333
Sobre lxs autorxs y lxs ilustradorxs	353



DARIO CLEMENTE
Gramsci y el fascismo

Introducción

Gramsci, militante socialista y organizador de los consejos de fábrica en Turín durante el “bienio rojo” (1919-1920)¹, observa de cerca el ascenso del fascismo, su rol en la represión de las sublevaciones campesinas y en las agitaciones urbanas. Años después, ya consolidado el régimen en el poder, será el mismo tribunal fascista quien lo condene a una pena de veinte años, cuatro meses y cinco días por actividad conspirativa, incitación a la guerra civil, al crimen y al odio de clases.

En este sentido, si bien la reflexión gramsciana acerca del fascismo puede encontrarse mayormente en los *Cuadernos de la cárcel*, considerados en su conjunto como un esfuerzo integral para comprender su surgimiento y reflexionar sobre cómo revertir esa situación catastrófica para la clase obrera italiana (Togliatti, 2001, p. 177), reconstruir la relación entre Gramsci y el

¹ Se trató de una oleada revolucionaria de huelgas, ocupaciones de fábricas y formación de consejos de obreros y campesinos según el modelo soviético que tuvo como epicentro la ciudad de Turín y en la que Gramsci desempeñó un papel destacado. Fue similar a los levantamientos obreros en Alemania, Hungría y otros países después de la primera guerra mundial. Condujo a la fundación del Partido Comunista de Italia en 1921. Sin embargo, su derrota abrió el camino a la contrarrevolución fascista.

fascismo implica extender la mirada más allá de las notas carcelarias. Si un libro imaginario titulado “El fascismo en Gramsci” seguramente tendría como eje las páginas más explícitas de los *Cuadernos* dedicadas al análisis del origen del régimen y su consolidación, abordar el pensamiento del sardo sobre el fascismo en su entereza requiere considerar los textos precarcelarios y los registros tempranos del fenómeno fascista.

Así, es posible acercarse a la cuestión teniendo en cuenta la evolución de la reflexión gramsciana respecto al fascismo, desde el diagnóstico de la crisis a uno de estabilización y de “autonomización política”, hasta la elaboración del concepto de “revolución pasiva” para caracterizar la función del fascismo en la historia europea y dar cuenta de su aspiración hegemónica. Esta evolución, sin embargo, no tiene solamente un carácter conceptual, al calor de la complejización de la teoría gramsciana del Estado que se produce entre muros, sino que se vincula, por un lado, al devenir histórico, a las varias fases que el fascismo atraviesa como proceso social y, por el otro, a las exigencias de una lectura táctica y estratégica de la coyuntura y de las perspectivas revolucionarias para el proletariado italiano a la cual Gramsci, aun en las condiciones desfavorables en las cuales se encuentra, nunca renuncia. Estas tres dimensiones —el Gramsci “teórico”, el Gramsci “historiador”, el Gramsci “militante”— se entrelazan a lo largo de toda la elaboración gramsciana y nos restituyen uno de los análisis más profundos sobre el fascismo como proceso histórico y sobre las tareas pendientes del proletariado para la “revolución en Occidente”, aun, o sobre todo, en tiempos de fascismo.

La forma más adecuada para dar cuenta de esta complejidad nos parece ser la reconstrucción de las fases que Gramsci identifica en el proceso de consolidación del fascismo en Italia como fenómeno histórico, evidenciando los cambios principales en sus caracterizaciones y propuestas táctico-estratégicas, las cuales derivan de nuevas elaboraciones conceptuales y las nutren a la vez. Así, en este capítulo abordamos el periodo 1921-1924, en el cual Gramsci registra una relación constitutiva entre la emer-

gencia del fascismo como instrumento represivo de las clases dominantes y la “crisis italiana”, advirtiendo cómo la consolidación en el poder de Mussolini, lejos de solucionarla, lleva a su reproducción en un nivel superior y más agudo, mientras que el movimiento fascista termina por interiorizar sus efectos en todos los niveles. El apartado siguiente está dedicado a reconstruir la encrucijada de 1925-1926, cuando el período abierto con la crisis Matteotti parece empujar al régimen en formación hacia el abismo, antes que un nuevo giro autoritario, sublimado por la sanción de las “leyes fascistísimas”, cierre una fase que Gramsci caracteriza como un proceso de autonomización del fascismo de los intereses inmediatos de la burguesía. Finalmente, en el tercer y último apartado, que se abre con el encarcelamiento de Gramsci, tratamos la transformación del fascismo, de respuesta inmediata a la crisis de posguerra a “revolución pasiva”, proceso de modernización conservadora que apunta a organizar la sociedad de masas y construir una hegemonía duradera. Sin embargo, la hostilidad del pueblo al régimen, la inevitable reproducción de la conflictividad obrera y el empuje democrático-radical de las masas, son elementos que sugieren a Gramsci la posibilidad de retomar la lucha revolucionaria desde adentro de las propias estructuras totalitarias, una estrategia que, lejos de alentar solamente a la resistencia en el crepúsculo de la historia italiana, proyecta nuevos caminos para el proletariado bajo el yugo del fascismo.

El fascismo y la crisis (1919-1924)

“Porque el fascismo se agota y muere precisamente porque no ha mantenido ninguna de sus promesas, no ha satisfecho ninguna esperanza, no ha aliviado ninguna miseria. Ha quebrantado el impulso revolucionario del proletariado, ha disuelto los sindicatos de clase, ha disminuido los salarios y aumentado los horarios; pero eso no bastaba para asegurar una vitalidad ni siquiera restringida al sistema capitalista” (Gramsci, [1924] 1979a, p. 157).

Este era, en 1924, después de la Marcha sobre Roma² y la ratificación en el poder de Mussolini a raíz de la realización de comicios amañados³, el juicio lapidario que Gramsci tenía del fascismo. Con estas palabras, extraídas de un documento al comité central del partido comunista italiano evocativamente titulada “La crisis italiana”, Gramsci asocia el fascismo al concepto de crisis en dos sentidos constitutivos del fenómeno. En primer lugar, el fascismo en Italia *nace* de una crisis y se presenta como resolución violenta a la misma. En efecto, las profundas consecuencias de la primera guerra mundial y el impacto de la revolución rusa, la desastrosa situación económica y el contexto pre insurreccional del “bienio rojo” (1919-1920), conforman una situación de crisis de la dominación burguesa dentro de la cual el fascismo se hace lentamente espacio como alternativa de orden. Sin embargo, se trata al mismo tiempo de un proceso que tiene alcance continental: la crisis de los sistemas políticos liberales de anteguerra frente a la irrupción definitiva de las masas en la vida social y política de los Estados, una revolución que en toda Europa será procesada a través de dos modelos tan opuestos como igualmente transformadores, el comunismo soviético y los fascismos. Gramsci comprende de forma temprana la posibilidad de este desenlace y el rol central que el proceso italiano ocuparía

Si, en breve plazo, no surge del caos una poderosa fuerza política de clase (y esta fuerza, para nosotros, no puede ser otra más que el Partido Comunista de Italia), y si esta fuerza

² Entre el 27 y el 29 de octubre de 1922 Mussolini guía decenas de miles de “camisas negras” hacia la capital italiana, amenazando con desatar una guerra civil si se les cerrara el paso. El rey Víctor Manuel II renuncia a usar el ejército para reprimir la concentración fascista y encarga Mussolini de formar un gobierno como primer ministro.

³ Las elecciones de 1924 se desarrollan en un marco de extrema violencia contra los opositores causado por el accionar de las bandas fascistas. El resultado, influenciado por los efectos de la “ley Acerbo”, premia el Partido Nacional Fascista con el 65% de los votos.

no logra convencer a la mayoría de la población de que hay un orden inmanente en la actual confusión, que incluso esta confusión tiene su razón de ser, porque no puede imaginarse el derrumbamiento de una civilización secular y el advenimiento de una civilización nueva sin tal ruina apocalíptica y tal ruptura formidable; si esta fuerza no consigue colocar a la clase obrera en las conciencias de las multitudes y en la realidad política de las instituciones de gobierno, como clase dominante y dirigente, nuestro país no podrá superar la crisis actual, nuestro país no será ya, por lo menos durante doscientos años, una nación o un Estado, nuestro país será el centro de un *maelstrom* que arrastrará a su vórtice a toda la civilización europea (Gramsci, [1920] 1979b, p. 61).

Pero el fascismo es también sinónimo de crisis porque condensa todas las contradicciones de la “crisis italiana” y, en el intento de solucionarlas, lleva a su reproducción en un nivel superior y más agudo. La imposibilidad creciente de revertir el declive económico nacional hace así de telón de fondo al recrudecimiento del conflicto entre la base social pequeñoburguesa del movimiento fascista y la gran burguesía industrial; a la contradicción entre el reconocimiento de algunas instancias campesinas y la férrea defensa del dominio de clase de la burguesía rural en el campo; a la creciente disyuntiva entre el fascismo como movimiento y como aparato de gobierno; y a la contraposición entre el limitado “espíritu democrático” del fascismo—su integración parcial y subalterna de las masas a la política nacional— y el “espíritu constituyente” del pueblo italiano y sus demandas de democracia radical (Frosini, 2013, p. 588).

En un primer momento, entonces, el fascismo aparece a Gramsci como una herramienta de la burguesía italiana, instrumento de represión violenta de las masas al cual las clases dominantes recurren por espanto, después de haber creído, tal vez más que las propias organizaciones de masa del proletariado—la Confederación General del Trabajo (CGL) y el Partido Socialista— que en 1920 la revolución italiana se estaba por desatar frente a sus ojos (Gramsci, [1920] 1979c, p. 56). Al mismo

tiempo el fascismo, según Gramsci, se configura como el primer movimiento histórico de masas de la pequeña burguesía, un movimiento político que, sin embargo, no tiene una “esencia” propia (Gramsci, [1924] 1979a, p. 161) porque se caracteriza como una reacción violenta y policíaca a las insurrecciones obreras y campesinas, primero, y como un proceso de simple reemplazo de la burocracia del Estado (Gramsci, [1925] 1979d, p. 184) —la “conquista del Estado” fascista— en un segundo lugar, preparando esa “restauración del poder capitalista del Estado” que necesita darse en todo el continente (Gramsci, [1920] 1979e, p. 64). Esto implica que el primer fascismo, a pesar de nacer como fenómeno de subversivismo reaccionario extra estatal, se confunda y confluya también con el Estado italiano en sus estructuras y configuración de poder tradicionales, aunque debilitadas por las secuelas de la guerra mundial, al punto de que se puede hablar de un verdadero “Estado giolittiano fascista”⁴ (Gramsci, [1920] 1979f, p. 67). Es, en efecto, su muleta represiva, un aglomerado no homogéneo cuyo centro neurálgico es la milicia y que no tiene, según Gramsci ([1924] 1979a, p. 160-1), posibilidad de transformarse en un verdadero partido y hacerse gobierno.

En este sentido, para comprender plenamente la emergencia del fascismo, es menester entender el rol que en este proceso recubre la pequeña burguesía italiana, principal derrotada por el desenlace frustrante de la aventura bélica y ejército de reserva de los grupos de choque del fascismo, cuyo advenimiento interpreta como una oportunidad de revancha social (Gramsci, [1920] 1979g, p. 59). Se trata, dada la inexistencia de la burguesía y del proletariado industrial en el sur, y de la diferente conformación del elemento campesino en el norte, de la única clase “territorialmente” nacional (Gramsci,

⁴ Giovanni Giolitti fue primer ministro en reiteradas ocasiones a partir de la última década del siglo XIX. Exponente de la *sinistra storica*, la izquierda burguesa institucional, encarnó, en la fase previa al ascenso del fascismo, la renuncia de las clases dominantes italianas a una dictadura directa y sangrienta en pos de un programa de cooptación y hegemonía que favoreciera los socialistas moderados por medio de políticas reformistas, apuntando a la “parlamentarización del conflicto”.

[1924] 1979a, p. 157) en la península italiana. Esta peculiaridad tiene una relevancia inmediata en la expansión y nacionalización fulminante del movimiento fascista, pero también le otorga al mismo un carácter muy específico en términos de subjetividad de clase. En efecto, la pequeña burguesía, urbana como rural, establece con las masas una relación ambivalente que oscila entre intentos de dirección política de las mismas y el apoyo abierto a la represión de las iniciativas autónomas que de ellas provienen, algo que en el campo se traduce en un “sentimiento atávico e instintivo de un pánico loco al campesino y a sus violencias destructivas [...]” (Gramsci, [1926] 1981b, p. 319). El “terror loco” a la lucha de clases, la “vanidad” y la “ambición nacionalista” (Gramsci, [1920] 1979b, p. 61) habían fomentado el apoyo de la pequeña burguesía italiana a la aventura bélica. Ahora, en el marco de la crisis económica posbélica y habiendo atestiguado el “retorno” de la lucha de clases, pero también el fracaso de los intentos revolucionarios, la pequeña burguesía recurre a la reacción para reagruparse.

La reacción, como psicología difusa, es un producto de esta incomprensión: los elementos de esta psicología son el terror enloquecido y la abyección más baja, correlativos necesarios de la ambición y la vanidad que caracterizaron a estos mismos estratos de la población antes de la ruina económica y de la caída del programa nacionalista. Pero las fuerzas elementales desencadenadas por el fracaso del maximalismo “pequeñoburgués”, por la desesperación que invade los ánimos por la incomprensión de las leyes que gobiernan también esta crisis, por la persuasión de que el país está en poder de espíritus demoníacos incontrolables e imponderables, estas fuerzas elementales no pueden tener un movimiento político, no pueden conducir a una conclusión política. La convicción difundida en las capas industriales y pequeñoburguesas de la necesidad de la reacción valoriza los grupos y los programas generales de quienes siempre han sostenido a la reacción: la alta jerarquía militar, el fascismo, el nacionalismo (Gramsci, [1920] 1979b, p. 62-3).

Esta fracción de clase que, como los bandar-log en el cuento del *Pueblo de los monos* de Kipling, “cree ser superior a todos los demás pueblos de la jungla, poseer toda la inteligencia, toda la intuición histórica, todo el espíritu revolucionario, toda la sabiduría de gobierno, etcétera, etcétera” (Gramsci, [1921] 1979h, p. 68), ha perdido, según Gramsci, su función productiva y “trata en todas las formas de conservar una posición de iniciativa histórica: imita a la clase obrera, sale a las calles” (Gramsci, [1921] 1979h, p. 68). Y, haciendo eso, nutre y otorga legitimidad al fascismo. Sin embargo, el caos, la “ruina económica” a la cual hay que oponer la acción ordenadora y “nacional” del proletariado coordinada por el Partido (Gramsci, [1919] 1979, p. 50-52), surge de la debacle de la burguesía italiana en su conjunto, “aplastada por un pasivo de cien mil millones, disuelta por los ácidos corrosivos de sus disensiones internas, de sus incurables antagonismos” (Gramsci, [1919] 1979, p. 51). Al mismo tiempo, según Gramsci, el poder en Italia, el poder del Estado, “fue dominado hasta ahora por el capital invertido en la gran industria: el gobierno italiano estuvo siempre hasta ahora en manos de los capitalistas *fuertes* que sacrificaron a sus intereses de casta superprivilegiada todos los demás intereses de la nación” (Gramsci, [1919] 1979, p. 52). Por un lado, esta situación parece presagiar ese remplazo de la burocracia del Estado que realizará el fascismo, en tanto

la guerra y las consecuencias de la guerra han desarrollado fuerzas nuevas que tienden a una organización nueva de las bases económicas y políticas del Estado italiano. Toda la estructura íntima del estado italiano ha sufrido, y sigue sufriendo, un intenso proceso de transformación orgánica, cuyos resultados...normales no son aún previsibles con exactitud, exceptuando uno: cambiarán las camarillas dirigentes, cambiarán el personal administrativo, el poder del Estado caerá completamente en otras manos distintas a las tradicionales, a las...giolittianas (Gramsci, [1920] 1979j, p. 53).

Por el otro lado, vinculado al ascenso del fascismo con el declive político y económico de la pequeña burguesía, Gramsci logra aprehender como la “crisis italiana” se configura como una crisis del Estado capitalista en sentido integral:

El grado de desarrollo alcanzado por esta forma de organización del aparato nacional de producción y de distribución ha proletarizado en gran parte y tiende a proletarizar cada vez más a las clases medias; la democracia parlamentaria pierde sus bases de apoyo, el país no puede seguir siendo gobernado constitucionalmente, no existe y ya no podrá existir una mayoría parlamentaria capaz de dar vida a un ministerio fuerte y vital, que tenga el consenso de la “opinión pública”, que tenga el consenso del “país”, esto es, de las clases medias (Gramsci, [1920] 1979g, p. 58).

Todas estas contradicciones precipitan durante el periodo Matteotti, fase que sucede las elecciones de 1924 y que se abre con el homicidio del diputado socialista Giacomo Matteotti, quien el 30 de mayo de 1924 denuncia en el parlamento el carácter irregular de los comicios y el 10 de junio es secuestrado y asesinado por una banda fascista. Por seis meses, las oposiciones dejan las cámaras en protesta, en la que es conocida como la secesión del Aventino⁵. Según Gramsci, esta es una fase sumamente crítica para el gobierno de Mussolini, que se encuentra desamparado y próximo a la capitulación a raíz de la gran “oleada democrática” que sacude el país y fortalece políticamente a las oposiciones antifascistas (Gramsci, [1924] 1979k, p. 174). En efecto, la indignación transversal por el delito Matteotti y la apertura de las investigaciones judiciales sobre el hecho son el escenario de otro movimiento oscilatorio de buena parte de la pequeña burguesía que, arrastrada por las masas, se decanta por

⁵ El monte Aventino es una de las siete colinas donde se construyó la antigua ciudad de Roma. En el 449 d.C. fue teatro de una de las *secessio plebis*, retiradas de la plebe romana de la ciudad para exigir paridad de derechos con los patricios. En 1924 la asamblea de diputados y senadores antifascistas se reúne simbólicamente allí.

el apoyo a los partidos aventinianos (Gramsci, [1924] 1979a, p. 162). Esta es para Gramsci la transformación molecular más importante de la fase: decepcionada por la incapacidad del fascismo —una vez “conquistado” el Estado— de revertir la crisis económica y de actuar una política autónoma con respecto a la gran burguesía industrial y favorable a sus intereses, la pequeña burguesía se aleja del gobierno y la base de masa del fascismo se desmorona. Sobre todo en el campo, la política fiscal del Estado (Gramsci, [1924] 1979a, p. 158), el apoyo a los latifundistas y algunas concesiones a los campesinos producen la ruptura de ese “bloque burgués agrario” que había constituido los cimientos del fascismo (Gramsci, [1926] 1979, p. 205).

Así, la asamblea aventiniana —de la cual el Partido Comunista de Italia (PCd'I) forma parte en un primer momento y es sucesivamente expulsado, al contrario de los partidos socialistas— se convierte en el teatro de negociaciones alrededor de varios proyectos orientados a “moderar” el fascismo sin renunciar a su función represiva hacia la clase obrera (Gramsci, [1924] 1979a, p. 161). Proyectos respaldados también por el aparato eclesiástico y por componentes importantes de la burguesía industrial, dispuestos a avalar un retorno al parlamentarismo en clave autoritaria o a sostener una especie de “fascismo sin Mussolini” (Gramsci, [1924] 1979k, p. 172). Por cierto, estos diseños se veían favorecidos por una correlación de fuerzas que, como consecuencia duradera del fracaso de las insurrecciones del bienio rojo, veía a las masas volcadas hacia el apoyo a la oposición, pero reacias a desencadenar un conflicto abierto con el fascismo. De forma inversa a lo acontecido en ocasión de la marcha sobre Roma, donde el despliegue militar había sido la sanción coreográfica de un movimiento molecular anterior, es decir el consenso hacia el fascismo pactado entre la corona, el Vaticano y las demás fuerzas reales del Estado burgués, esta coyuntura sugiere a Gramsci que el desenlace más probable de la secesión del Aventino sería una resolución parlamentaria temporaria animada por las oposiciones liberales y conservadoras y

una procrastinación de la crisis política sin un desenlace armado inminente, hasta que “las fuerzas reales del Estado” no tomaran partido e impusieran la solución “ya delineada y concertada” (Gramsci, [1924] 1979a, pp. 164-165).

Coherentemente, Gramsci termina denunciando el carácter “semifascista” de la oposición aventiniana, el objetivo de moderación del fascismo que persigue y la negativa a consolidar la situación de doble poder que se había venido a crear (Gramsci, [1924] 1979a, p. 160-161), una posición reflejada por la siguiente vuelta del PCd’I al recinto ya el 26 de noviembre de 1924, primero entre los partidos antifascistas, con el objetivo de retomar el contraste al fascismo en el aula y la denuncia pública de los crímenes del régimen.

De fondo, la creencia que, si bien la evolución inmediata de la crisis solo puede producir un mejoramiento en la posición política de la clase obrera, no significa su afirmación final (Gramsci, [1924] 1979a, p. 165):

hay elementos que influyen en la situación de manera decididamente contraria a cualquier plan de conservación del régimen burgués y del orden capitalista. [...] Existe una situación tal que, mientras los centros políticos de la burguesía no logran realizar sus maniobras de salvamento, se hace cada vez más posible la intervención de las fuerzas de la clase trabajadora, y el dilema fascismo-democracia tiende a convertirse en el otro: fascismo-insurrección proletaria (Gramsci, [1924] 1979k, p. 174).

La “autonomización” del fascismo, 1925-1926

“En la base de todo está el problema mismo del fascismo, movimiento que la burguesía consideraba que debía ser un simple ‘instrumento’ de reacción en sus manos y, por el contrario, una vez evocado y desencadenado, es peor que el diablo, y no se deja ya dominar, sino que sigue adelante por su propia cuenta” (Gramsci, [1924] 1979k, p. 173).

Como hemos visto, a finales de 1924, Gramsci percibe que la coalición antifascista del Aventino, necesaria en su momento, había agotado su rol histórico. En este sentido, el entonces secretario del PCd'I, considera el discurso que Mussolini pronuncia a la cámara de diputados el 3 de enero de 1925 —en el cual reivindica políticamente el asesinato de Matteotti— como el cierre de una fase y el inicio de un proceso de autonomización del fascismo (Gramsci, [1924] 1979k, p. 172)⁶. Esto es así porque se produce un “salto en adelante” en la dinámica política por medio de la cual el fascismo logra reunificar las varias fracciones burguesas —atraídas, en la fase anterior, por la emergencia de la oposición aventiniana “antifascista”— atrás de su mando y emprender ese viraje autoritario que llevará a sancionar las leyes “fascistísimas”⁷. Avanza así también la conquista del Estado, es decir, el proceso de reemplazo de la alta burocracia estatal por parte de cuadros fascistas, ejemplificado por el proyecto de ley contra la masonería, considerada por Gramsci, dadas las características peculiares de la unificación italiana, el partido tradicional de la burguesía capitalista liberal (Gramsci, [1925] 1979d, p. 183). De esta forma, el fascismo logra salir de la encrucijada por medio de una nueva ruptura violenta, de carácter político, legal, social y represivo, adelantándose a los

⁶ La intervención del “Duce del fascismo” parece desactivar exitosamente esa “oposición moral” —más eficaz que cualquier oposición política— que se había acrecentado en el país a raíz del asesinato de Matteotti. Sin embargo, “No volver a mencionar el asunto, no significaría en absoluto que treinta y nueve millones de italianos se olviden de él”. El proceso Matteotti se mantendrá como “una herida en el flanco del régimen”, y Gramsci traza un posible paralelo, con las debidas diferencias, con el caso Dreyfus en Francia y sus consecuencias para la sociedad y el Estado (Gramsci, [1924] 1979k, p. 173).

⁷ A lo largo de 1926, se aprobaron en rápida sucesión la destitución de los parlamentarios “aventinianos”, la reintroducción de la pena de muerte, prisión y tribunal especial para crímenes políticos, la abolición del derecho de huelga y reunión, la abolición de los partidos políticos y de los sindicatos excepto el Partido Nacional Fascista y las “corporaciones” fascistas, la abolición de la prensa antifascista, la institución de “podestá” en lugar de los alcaldes electos.

tiempos de la concertación entre las fuerzas reales del Estado y consiguiendo que estas oscilen nuevamente hacia su lado y sancionen la defunción del Aventino.

No obstante, Gramsci considera que la crisis del fascismo se encuentra lejos de ser resuelta. Por el contrario, el pensador sardo disecciona la multiplicidad de crisis concatenadas que el nuevo momento del fascismo materializa y, a las cuales, en el marco de un continuado estancamiento económico, el régimen tendrá dificultad para encontrar una solución coherente. La conquista del Estado por parte del fascismo no ha producido una mejora de la situación de los campesinos pobres del sur; por el contrario, ha aumentado la pobreza al frenar la emigración y la llegada de remesas del exterior (Gramsci, [1925] 1979d, p. 189-191). Al mismo tiempo, sigue el proceso de disgregación del “bloque burgués agrario fascista” y la separación del movimiento fascista de la pequeña burguesía, aplastada por las políticas favorables a la gran industria y al capital financiero, en el norte, y a los latifundistas, en el sur (Gramsci, [1926] 1979l, p. 205). Después de la crisis Matteotti, se intensifica también la pugna interna al fascismo entre sus varias corrientes y según cli-vajes diferentes: fascismo rural vs. fascismo urbano; escuadrismo vs. Partido Nacional Fascista; “mussolinismo” vs. fascismo, etc.; al punto que, en febrero de 1925, Gramsci prevé la conformación por parte de Mussolini de un partido conservador que, liquidada la franja violenta del fascismo, gobierne con el apoyo de la Confederación General de la Industria:

[e]n conclusión, podemos decir que este último periodo ha tenido el valor de conducir a una mayor clarificación de la situación y de las posiciones políticas: hoy nos hallamos frente a la formación del partido conservador que permitirá a Mussolini permanecer en el poder, a la formación de un centro liberal-constitucional que agrupa a todas las fuerzas constitucionales de la oposición, a una izquierda representada por nuestro partido. Todos los demás grupos pierden de día en día toda importancia; van desapareciendo y están destinados a desaparecer (Gramsci, [1925] 1979m, p. 177).

La intensidad de estas contradicciones, que habrían podido conducir a un nuevo “período Matteotti”, hace inclinar Gramsci hacia una interpretación optimista del momento y de las perspectivas del proletariado (Gramsci, 1925), cuya orientación revolucionaria se habría fortalecido, si bien de forma molecular, con la descomposición de la oposición aventiniana, devolviendo actualidad a la consigna de los comités obreros y campesinos y a la línea del frente único (Gramsci, [1925] 1979m, pp. 176 y 178). Esta posición redonda en interpretaciones originales de algunos fenómenos centrales del régimen fascista y en sugerencias tácticas y estratégicas parcialmente en contracorriente dentro del debate comunista del momento. En particular, se puede registrar su posición con respecto a la actitud que los comunistas deben adoptar hacia los sindicatos y corporaciones fascistas. Gramsci registra la nueva legislación antisindical del fascismo —el sindicato único y la prohibición de huelgas— como un paso ulterior hacia el totalitarismo (Garzarelli, 2007, p. 1089), pero también como la sanción definitiva de la función pública de los sindicatos y la ratificación de la fábrica como terreno de batalla ineludible. Hacia fines de 1926 observa:

[e]n cuanto al proletariado, la actividad disgregadora de su fuerza encuentra un límite en la resistencia activa de la vanguardia revolucionaria y en una resistencia pasiva de la gran masa, que se mantiene fundamentalmente clasista y da señales de ponerse en movimiento apenas disminuye la presión física del fascismo y se hacen más fuertes los estímulos de los intereses de clase. La tentativa de los sindicatos fascistas de dividirla se puede considerar fracasada. Los sindicatos fascistas, cambiando su programa, se convierten ahora en instrumento directo de la opresión reaccionaria al servicio del Estado. [...] La nueva política sindical priva a la Confederación del Trabajo y a los sindicatos de clase de la posibilidad de celebrar acuerdos para excluirla del contacto con las masas que se habían organizado en torno a ella. La prensa proletaria se ha visto suprimida; el partido de clase del proletariado, reducido a la vida plenamente ilegal. La violencia física y la persecución de la policía se emplean sistemáticamente, sobre todo en el campo, para

infundir terror y mantener una situación de estado de sitio (Gramsci, [1926] 1981b.2, p. 238).

Sin embargo, Gramsci considera que

[e]s necesario fijar un punto especial para la acción sindical, en el sentido de la posición actualmente ocupada por nosotros en los sindicatos de clase, como así también en el sentido de una actividad sindical real a desarrollar y en el de nuestra posición hacia las corporaciones (Gramsci, [1926] 1979l, p. 207).

Por otro lado, esta posición con respecto a la lucha sindical no se desvía de sus recomendaciones anteriores a las “leyes fascistas”, frente a la inactividad de la Confederación General del Trabajo conducida por los reformistas y a la perspectiva de condenar el proletariado a esa impotencia revolucionaria típica del bienio 1919-1920:

[e]l partido tiene que realizar un gran trabajo en el campo sindical. Sin grandes organizaciones sindicales, no se sale de la democracia parlamentaria. Los reformistas pueden querer sindicatos pequeños, pueden tratar de formar solamente corporaciones de obreros calificados. Nosotros los comunistas queremos lo contrario que los reformistas y debemos luchar para reorganizar a las grandes masas. Claro que es necesario plantear el problema concretamente y no solo como forma. Las masas han abandonado el sindicato, porque la Confederación General del Trabajo, que sin embargo tiene una gran eficacia política (es nada menos que el partido unitario), no se preocupa por los intereses vitales de las masas. Nosotros no podemos proponernos crear un nuevo organismo que tenga como objetivo suplir la ausencia de la confederación; pero sí podemos y debemos plantearnos el problema de desarrollar, a través de las células de las fábricas y de los pueblos, una verdadera actividad. [...] Nuestras células deben impulsar a las comisiones internas a incorporar en su funcionamiento todas las actividades proletarias. Por lo tanto, es preciso provocar un amplio movimiento de las fábricas que pueda desarrollarse hasta dar

lugar a una organización de comités proletarios de ciudad elegidos por las masas directamente, los cuales, en la crisis social que se perfila, se convertirán en representantes de los intereses generales de todo el pueblo trabajador. [...] Quien se mantiene lejos de los sindicatos es hoy un aliado de los reformistas, no un militante revolucionario: podrá hacer fraseología anarcoide, pero no cambiará en nada las férreas condiciones en que se desarrolla la lucha real (Gramsci, [1924] 1979a, p. 166).

Esta consideración —no casualmente contenida en “La crisis italiana”, situación que, a pesar de la autonomización del fascismo, queda en 1926 todavía ampliamente irresuelta— no solo adelanta el articulado análisis sobre el corporativismo⁸ y su significación trascendental, de transformación radical de la sociedad y de su gobierno, que Gramsci desarrollará en los *Cuadernos* (Gagliardi, 2010; Frosini, 2016), sino que también nos devuelve la urgencia que para Gramsci sigue teniendo, en una coyuntura tan dramática, la construcción política del frente único obrero campesino. En efecto, agotada la función política de la oposición antifascista parlamentaria del Aventino, de la cual el Partido Comunista había participado para no perder el contacto con las masas y para romper el monopolio reformista de la opinión pública (Gramsci, [1924] 1979a, p. 161), los comunistas tienen que volver a orientar todos sus esfuerzos hacia la conquista de la mayoría del proletariado para la revolución, en la sociedad entera:

[e]l Partido comunista tiene que intervenir en todos los campos que se abran a su actividad, aprovechar de todos

⁸ No tiene que confundirse el corporativismo fascista —el modelo autoritario de “economía programática” y planificada erguido alrededor de las corporaciones fascistas, sindicatos paraestatales organizados por ramas de producción— y su aspiración hegemónica con el “momento económico corporativo” mencionado en otros capítulos de este libro (ver L’Huillier y Ouviaña, en este mismo volumen) como nivel anterior al momento “ético-político” y a la conquista de una “vocación de *dirección hegemónica* sobre el conjunto de grupos o clases subalternas”.

los movimientos, los contrastes, de todas las luchas, incluso de carácter parcial y limitado, para movilizar las masas proletarias y llevar a un terreno clasista la resistencia y la oposición de la población trabajadora italiana al fascismo. El Partido comunista debe combatir sistemáticamente y desenmascarar esos grupos y partidos políticos que son vehículo de la influencia sobre el proletariado de otras clases y categorías sociales no revolucionarias. Tiene que trabajar para sustraer a la influencia de ellas incluso los estratos más atrasados de la clase obrera y hacer surgir desde abajo un frente único de fuerzas clasistas. Este frente único debe tener una forma organizada y esa forma se da a través de los comités obreros y campesinos. Todos los intentos de constitución de organismos representativos de masa deben ser favorecidos y desarrollados con tenacidad y constancia, como estímulo a la realización práctica del frente único de los comités obreros y campesinos (Gramsci, 1925, pp. 87-88. Traducción propia).

Este escenario de crisis generalizada no hará más que profundizarse después de la crisis global del capitalismo comenzada en 1929. Sin embargo Gramsci, ya encarcelado, disientirá entonces de la línea predominante en la Internacional Comunista, la cual asegura que los fascismos nacionales están destinados a colapsar bajo el peso de la crisis económica (Del Roio, 2019)⁹. Como veremos, para ese momento Gramsci considera ya el fascismo como un proceso que puede aspirar a construir una hegemonía duradera.

⁹ Nos referimos al debate que se da en la Internacional Comunista alrededor de esta coyuntura entre posiciones “estabilizacionistas” y “catastrofistas”. El diagnóstico discordante de Gramsci se funda, también, en una divergencia con la línea política a ser adoptada. Mientras que en el período 1928-1930 la Internacional Comunista vira hacia la táctica de “clase contra clase”, Gramsci se mantiene fiel a la línea del frente único (Portantiero, 1981, p. 96). Para una reconstrucción del nacimiento de la Tercera Internacional, ver Rodríguez en este mismo volumen. Para un análisis de la crítica de Gramsci al determinismo mecánico o catastrofista, ver L’Huillier y Ouviaña en este mismo volumen.

El fascismo como revolución pasiva

El 8 de noviembre de 1926 Gramsci es detenido por el fascismo, en violación de la inmunidad parlamentaria de la cual gozaba. El día siguiente se declara la destitución de todos los parlamentarios “aventinianos”; ya habían sido abolidos los partidos políticos, excepto el Partido Nacional Fascista. En ese momento, y hasta 1927, Gramsci sigue ejerciendo como secretario del Partido Comunista, cuya estructura había entrado en la clandestinidad desde hacía tiempo. En los años siguientes, Mussolini reemplazará oficialmente el gobierno con el Gran Consejo del Fascismo y el parlamento con la *Camera dei Fasci e delle Corporazioni* (1939), mientras que las elecciones de 1929 y 1934, las últimas celebradas, serán convertidas en plebiscitos alrededor de un listado de cuatrocientos candidatos fascistas. A partir de 1929, Gramsci recibe el permiso de escribir en el encierro, y es justamente en sus *Cuadernos de la cárcel* donde se puede encontrar su análisis más maduro sobre el fascismo. Al mismo tiempo, la nueva y trágica condición del líder comunista —que él mismo consideraba temporaria (Portantiero, 1981, p. 111)— no le impide seguir pensando una estrategia y una táctica para el Partido Comunista y el proletariado italiano, al punto que Gramsci considerará la reflexión carcelaria como una tarea “directamente política” (Portantiero, 1981, p. 42).

Aquello que Portantiero caracteriza como el momento de la “reflexión desde la derrota” en la trayectoria gramsciana (Portantiero, 1981, p. 73), coincide con un nuevo giro autoritario del fascismo, que Gramsci registra como una fase de simultánea consolidación y de transformación radical de su naturaleza. El fascismo deja de ser simplemente una respuesta inmediata y violenta a la crisis de dominación burguesa en la primera posguerra, una solución eficaz, pero irremediamente destinada a reproducir la crisis a mayor escala, y empieza así a manifestarse como proceso que puede aspirar a construir una hegemonía duradera (Gramsci, 1981a, Q8 y Q10). Aquí la elaboración del concepto de “revolución pasiva” es central, y permite a Gramsci negarle

al fascismo la naturaleza de “revolución competidora” con la opción socialista (Roberts, 2011) y afirmar su carácter de “revolución sin revolución”, “revolución restauradora”, “contrarrevolución” o bien revolución pasiva. En efecto, por medio de la introducción de este término, Gramsci busca dar cuenta de la función hegemónica del fascismo, que parece conseguir ahora una reunificación de la burguesía italiana y, al mismo tiempo, una inclusión subordinada de las masas al Estado. Sin embargo, a diferencia de lo acontecido en otros procesos históricos también considerados por Gramsci como revoluciones pasivas —en particular, la unificación nacional italiana y el proceso del *Risorgimento*— este nuevo movimiento de modernización de la sociedad italiana se sitúa a la altura de los desafíos propios de la nueva sociedad de masa que se ha consolidado ya por entonces en Europa occidental. En este sentido, en cuanto revolución pasiva, el fascismo empieza entonces a ser pensado por Gramsci como un modelo arquetípico de reconstrucción de la dominación burguesa en la Europa de entreguerras, de absorción del empuje democrático del pueblo y su simultánea neutralización por medio de la organización totalitaria de esa misma sociedad de masas (Frosini, 2017). Esto es así porque el complejo entramado de instituciones que el fascismo construye¹⁰, tiene la función, una vez aceptada la irreversibilidad de la sociedad de masas y la llegada del protagonismo popular, de contener y organizar a la sociedad entera detrás del proyecto de revolución restauradora del fascismo.

En particular, Gramsci considera el corporativismo el eje central de este proyecto, en tanto proceso destinado a “hacer historia” más allá del régimen (Frosini, 2016; Gagliardi,

¹⁰ El esfuerzo de “fascistización” de los italianos y las italianas es llevado adelante por la dictadura fascista por medio de la creación de un sinnúmero de instituciones sociales, culturales y sindicales que encuadran la población desde la infancia y juventud (*Opera nazionale balilla*) hasta la vejez.

2010)¹¹. La intención de reorganizar el trabajo y la producción estructurándolos alrededor de los sindicatos fascistas había nacido originariamente de la necesidad de contener la insubordinación obrera desatada durante el bienio rojo. Sin embargo, la elevación de este modelo a política estatal del régimen señala para Gramsci la voluntad de introducir forzosamente los métodos fordistas en la periferia europea. Empero, alejándose de la crítica dominante dentro del movimiento comunista acerca de la distancia entre las promesas del corporativismo y la realidad (Gagliardi, 2010), Gramsci registra la posibilidad de que este proceso de modernización industrial y disciplinamiento de la fuerza de trabajo adelante algunos elementos de planificación y socialización de la producción, aunque dejando la propiedad de los medios firmemente en manos privadas (Q1 §135. Gramsci, 1981a). Este desenlace constituiría, por un lado, la concretización de las exigencias de reorganización industrial que el movimiento obrero venía reclamando desde antes del bienio rojo, y, por el otro, la oportunidad para el proletariado revolucionario de hacerse con este nuevo, mejorado, mecanismo de producción y ponerlo al servicio del pueblo italiano y sus necesidades. Al mismo tiempo, y partiendo de un diagnóstico por el cual la masa “se mantenía fundamentalmente clasista”, la eventual consolidación de las corporaciones no cerraba las puertas a la estrategia de agitación en las fábricas que Gramsci pregonaba, ya que el fascismo no podía aspirar a eliminar la conflictividad obrera, sino solamente a desplazarla temporalmente. Es más, en una situación en la cual el fascismo “ocupa” todo el territorio nacional (Vacca, 2012, p. 155), se hace más necesaria que nunca una “estrategia de resignificación de las estructuras creadas por el fascismo a partir de las dinámicas conflictivas que, inevitablemente, volverán a crearse dentro de ellas” (Frosini, 2017, p.

¹¹ Para un análisis de la identidad entre el concepto de “revolución pasiva” y la “guerra de movimientos”, así como de la relación de ambas con el fascismo y el corporativismo, ver el capítulo de Agustín Artese en este mismo volumen.

313). La lucha contra el fascismo, la lucha por el socialismo, se transfiere al campo de la sociedad civil.

Solo es posible ponderar la magnitud de esta indicación gramsciana si consideramos que es elaborada desde la cárcel, y en el momento más oscuro de la historia italiana, cuando todos los caminos parecían cerrados al proletariado revolucionario. Su ideación nos habla, por otro lado, del simultáneo desarrollo por parte de Gramsci del concepto de “Estado integral”, gracias al cual el Estado cesa de ser considerado meramente una entidad represiva o una institución política. En el crepúsculo de la historia italiana, la “ampliación del Estado” gramsciana (Buci-Glucksmann, 1978; Thwaites Rey, 2010), y la consecuente individuación de la sociedad civil como terreno de batalla clave para la realización de la hegemonía, se demuestra entonces tanto hallazgo teórico cuanto apremiante necesidad táctico-estratégica. Si, por un lado, permite enfocar la trágica transformación del fascismo en orden totalitario y revolución pasiva, por el otro habilita posibles nuevas estrategias para el proletariado, nuevas tareas que tengan en cuenta el funcionamiento de la sociedad civil.

Por cierto, este análisis y esta línea de intervención se apoyan en una serie de contradicciones que el propio Gramsci observa en la relación entre el régimen y las masas, y por ende en la posibilidad de que el fascismo consolide una hegemonía duradera. Por un lado, la oposición popular al régimen parece demasiado profunda para ser realmente superada, y no sólo por la hostilidad siempre latente del proletariado urbano, sino también por los conflictos que la política agraria del fascismo reproduce continuamente en el campo, dos líneas de fractura que alimentan a su vez desacuerdos internos dentro del propio movimiento fascista (De Felice, 1977, p. 186). Y esto a pesar de las múltiples iniciativas del régimen para revertir la situación, desde la extensión de la frontera agrícola por medio de la eliminación de pantanos hasta el corporativismo. Se trata de límites internos y externos al proyecto del fascismo, que proyectan diversas líneas potenciales de ruptura revolucionaria. En este sentido, el fascis-

mo, para Gramsci, es una fuerza eminentemente reaccionaria en su relación con las masas: no pretende resolver la separación que estas mantienen con los dirigentes, ya que la “fascistización” del pueblo implica un reconocimiento de la centralidad política del mismo en el nuevo régimen, al precio de negar sus demandas democráticas y radicales. Así, el fascismo constituye un movimiento nuevo en la historia de Italia, ya que produce una inédita representación del pueblo que se traduce, al mismo tiempo, en su profunda esterilización política. Por demás, se trata de la dinámica propia de la revolución pasiva, la cual implica una incesante reproducción de la contradicción entre la representación de las masas, su movilización controlada y la represión de su iniciativa política autónoma¹².

Conceptualmente, el esfuerzo intelectual antifascista gramsciano empieza a valerse en esta fase de nuevas poderosas categorías como las de “moderno Príncipe” y de “mito”¹³. En efecto, a la par de su negativa a concederle al fascismo un carácter revolucionario, Gramsci rechaza la asociación entre el Estado fascista y el príncipe de Maquiavelo, operación llevada adelante por el mismo Mussolini (Mussolini, 1924). Para Gramsci, el Príncipe moderno no debe ser simplemente un “nuevo” Príncipe (Frosini, 2013, p. 551), sino un actor colectivo revolucionario, adecuado para la política de masas moderna y el desafío que el fascismo presenta. A la vez, esta definición se acompaña al tratamiento gramsciano del concepto de “mito” de Sorel (Badaloni, 1975), tanto que el pensador sardo llega a considerar al Príncipe maquiavélico como una “ejemplificación histórica del ‘mito soreliano’” (Q8 §21. Gramsci, 1981a) y las dos categorías, “Príncipe” y “mito”, acaban casi

¹² Para una interpretación acerca de la revolución pasiva como mecanismo de recomposición de la dominación burguesa y de absorción constante del desafío obrero inherente al Estado capitalista, ver Artese en este mismo volumen.

¹³ Para una reconstrucción de la relación entre Gramsci, Marx, Maquiavelo y la fundación de una “nueva ciencia de la política”, ver L’Huillier y Ouviaña en este mismo volumen.

fusionándose en sus escritos en el “mito-Príncipe”(§21) o “Príncipe-mito”(Frosini, 2013, p. 547):

[r]ealmente el moderno Príncipe debería limitarse a estos dos puntos fundamentales: formación de una voluntad colectiva nacional popular de la que el moderno Príncipe es precisamente la expresión activa y operante, y reforma intelectual y moral. Los puntos concretos del programa de acción deben ser incorporados en el primer punto, o sea que deben desprenderse “dramáticamente” del discurso, no ser una fría exposición de raciocinios. (¿Puede haber reforma cultural, o sea elevación cultural de los elementos deprimidos de la sociedad, sin una previa reforma económica y un cambio en el nivel económico de vida? Por eso la reforma intelectual y moral está siempre vinculada a un programa de reforma económica, es más, el programa de reforma económica es el modo concreto como se presenta toda reforma intelectual y moral (Q8 §21. Gramsci, 1981a, p. 228).

Pero el fascismo es para Gramsci una revolución pasiva y, por lo tanto, no puede constituirse en el Príncipe moderno, portador de una verdadera reforma cultural y moral. Más bien, se trata de un intento hegemónico construido, por un lado, sobre la represión de las masas y sobre esa derrota histórica del movimiento obrero que fue el bienio rojo; y, por el otro, sobre un proceso centralizado de modernización del capitalismo italiano sin redistribución de sus frutos. En esta óptica, la opción socialista revolucionaria —la construcción de una hegemonía proletaria liderada por los obreros en alianza con los campesinos, o el frente único— sigue siendo la única capaz de llevar a cabo una reforma cultural y moral, y construir, primero, y representar, luego, una voluntad colectiva nacional-popular. Dicho de otra forma, más allá de la relación, exterior e interior, que el régimen fascista había sabido construir con las masas, el mismo no había podido constituir el “pueblo-nación” italiano, esa fórmula que en los escritos de Gramsci pasa a significar crecientemente la necesidad de una construcción hegemónica que unifique al

proletariado —única clase “esencialmente nacional” (Gramsci, [1926] 1981b.1, p. 326)— y lo transforme en nueva clase dirigente. En este sentido, la inclusión inédita, pero parcial del pueblo en el Estado italiano, el reconocimiento de algunas de sus instancias —el “espíritu democrático” del fascismo (Frosini, 2017)— no alcanzaba para contener y a la vez detener el “espíritu constituyente” radical popular, ese conjunto de “diferentes demandas seculares del pueblo italiano, todas sin embargo convergentes en la necesidad de una democracia real” (Frosini, 2013, p. 588. Traducción propia).

Aún consolidado como revolución pasiva, el fascismo no es, entonces, el fin de la historia o el fin de la política. Por el contrario, el fascismo tiende a reproducir a mayor escala las tensiones desatadas por la crisis del sistema italiano de posguerra. Sus intentos de “entrar en la sociedad” y organizarla, reabren espacios de resistencia e iniciativa dentro de sus propias estructuras y organizaciones (Togliatti, 2010, p. 35). Así, la desconexión que Gramsci registra entre el régimen y el “pueblo-nación” italiano que todavía debe ser constituido, lejos de ser un punto de llegada, es entonces el punto de partida para el desarrollo de una nueva estrategia para el proletariado italiano bajo el yugo mussoliniano. La coyuntura exige una ineludible convergencia de la lucha antifascista y la lucha revolucionaria, unificando los intereses inmediatos y a largo plazo de las “clases subalternas e instrumentales”, es decir el “pueblo” gramsciano (Durante, 2004, p. 152). Solo un mito y un moderno Príncipe aptos a las formas modernas de la política en la sociedad de masas pueden aspirar a tanto, por lo cual:

[e]l moderno Príncipe, el mito-Príncipe no puede ser una persona real, un individuo concreto; puede ser solo un organismo, un elemento social en el cual ya tenga inicio el concretarse de una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ha sido ya dado por el desarrollo histórico y es el partido político, la forma moderna en que se resumen las voluntades colectivas

parciales que tienden a convertirse en universales y totales (Q8 §21. Gramsci, 1981a, p. 226).

La referencia, como ha sido señalado ampliamente (Fontana, 1993; Vacca, 1977, p. 456), es principalmente al Partido Comunista¹⁴, el organismo que, aunando espontaneidad y dirección consciente (Q3 § 48. Gramsci, 1981a), adhesión “religiosa” y desapego crítico (Frosini, 2013, p. 584), debe convertirse en portador de una nueva cultura (Q6 §136. Gramsci, 1981a) y, cual Príncipe moderno, propiciar la revolución socialista como paso hacia la creación de una nueva civilización (Q8 §21. Gramsci, 1981a) y acontecimiento inscrito en el desarrollo propio de la historia del pueblo-nación italiano (Portantiero, 1981, p. 78).

* * *

Referencias bibliográficas

- Badaloni, N. (1975) *Il marxismo di Gramsci. Dal mito alla ricomposizione politica*. Torino: Einaudi.
- Buci-Glucksmann, C. (1978) *Gramsci y el Estado: hacia una teoría materialista de la filosofía*. México DF: Siglo XXI.
- De Felice, F. (1977) “Rivoluzione passiva, fascismo, americanismo in Gramsci”. En F. Ferri (coord.), *Politica e storia in Gramsci*. Roma: Istituto Gramsci-Editori Riuniti.
- Del Roio, M. (2019) *Los prismas de Gramsci*. San Pablo: Editorial Boitempo.
- Durante, L. (2004) “Nazionale-popolare”. En F. Frosini e G. Liguori (coords.) *Le parole di Gramsci. Per un lessico dei «Quaderni del carcere»*. Roma: Carocci.
- Fontana, B. (1993) *Hegemony and Power: On the Relation between Gramsci and Machiavelli*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

¹⁴ Para la necesidad de explorar la “expansión” del concepto de partido político en Gramsci más allá de la forma “clásica” de institución o aparato burocrático, ver L’Huillier y Ouviaña en este mismo volumen.

- Frosini, F. (2013) “Luigi Russo e Georges Sorel: sulla genesi del «moderno Principe» nei «Quaderni del carcere» di Antonio Gramsci”. En *Studi storici*, 54 (3), 545-589.
- Frosini, F. (2016). “Il fascismo nei «Quaderni del carcere»”. Seminario della IGS Italia.
- Frosini, F. (2017). “Rivoluzione passiva e laboratorio político: appunti sull’analisi del fascismo nei Quaderni del carcere”. En *Studi storici*, 58(2), 297-328.
- Gagliardi, A. (2010) *Il corporativismo fascista*. Roma-Bari: Laterza.
- Garzarelli, B. (2007) “Il fascismo e la crisi italiana negli scritti di Antonio Gramsci del 1924-1926”. En *Studi storici*, 48(4), 1059-0.
- Gramsci, A. (1925) “Elementi della situazione” (no firmado). En *L’Unità*, 24 de noviembre de 1925.
- Gramsci, A. (1979) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1924] (1979a) “La crisis italiana”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1920] (1979b) “Previsiones”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1920] (1979c) “La fase actual de la lucha”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1925] (1979d) “La ley sobre las asociaciones secretas”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1920] (1979e) “¿Que es la reacción?”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1920] (1979f) “La fuerza del Estado”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1920] (1979g) “Giolitti en el poder”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1921] (1979h) “El pueblo de los monos”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1919] (1979i) “La unidad nacional”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1920] (1979j) “El poder en Italia”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1924] (1979k) “La caída del fascismo”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1926] (1979l) “Un examen de la situación italiana”. En Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1925] (1979m) “Después del discurso del 3 de enero”. En

- Santarelli, E. (comp.) *Sobre el fascismo*. México DF: Era.
- Gramsci, A. (1981a). *Cuadernos de la cárcel. Edición crítica a cargo de Valentino Gerratana*. México DF: Era.
- Gramsci, A. [1926] (1981b.1) “Algunos temas sobre la cuestión meridional”. En *Escritos Políticos 1917-1933*. México: Siglo XXI.
- Gramsci, A. [1926] (1981b.2) “La situación italiana y las tareas del PCI (Tesis de Lyon)”. En *Escritos Políticos 1917-1933*. México: Siglo XXI.
- Mussolini, B. (1924) “Preludio al «Machiavelli»”. *Gerarchia*, III (4), 209.
- Portantiero, J. C. (1981) “Los usos de Gramsci”. En *Los usos de Gramsci*. México: Editorial Folios.
- Roberts, D. D. (2011) “Reconsidering Gramsci’s interpretation of fascism”. En *Journal of Modern Italian Studies*, XVI (2), 239–255.
- Thwaites Rey, M. (2010) “El Estado ‘ampliado’ en el pensamiento gramsciano”. En M. Thwaites Rey (comp.) *Estado y marxismo: un siglo y medio de debate* (pp. 129–160). Buenos Aires: Prometeo.
- Togliatti, P. (2001) “L’antifascismo di Antonio Gramsci”. En G. Liguori (comp.) *Scritti su Gramsci* (pp. 157–182). Roma: Editori Riuniti.
- Togliatti, P. (2010) *Corso sugli avversari. Le lezioni sul fascismo. A cura di Francesco M. Biscione*. Torino: Einaudi.
- Vacca, G. (1977) “La ‘quistione politica degli intellettuali’ e la teoria marxista dello Stato nel pensiero di Gramsci”. En *Politica e storia in Gramsci I* (p. 439–480). Roma: Editori Riuniti/Istituto Gramsci.
- Vacca, G. (2012) *Vita e pensieri di Antonio Gramsci, 1926-1937*. Torino: Einaudi.